

identificarse con la moral: expresion profunda que debe tranquilizar á los débiles y alentar á los fuertes en los tristes tiempos en que vivimos. Cuando una religion antigua muere, parece como que la humanidad muere con ella; tan verdad es que la vida es imposible sin la fe; pero la muerte no es más que una apariencia; abre una vida nueva, vida más amplia, más divina que la que acaba de extinguirse. Lo propio sucede con la religion; no está hoy muerta, como no lo estaba cuando el espíritu humano desertó del paganismo: la religion no muere, se transforma. Aunque todavía estamos empujados en el período de disolucion, son los hombres más morales, y, por consiguiente, más religiosos, que lo han sido en lo pasado. Tal es la respuesta que damos, con el filósofo de Königsberg, á las jeremiadas del papado y de la ortodoxia protestante.

§ VI.—El racionalismo.

I.

El racionalismo es una palabra que inspira horror; sería la ruina de toda religion, si hubiéramos de creer á los ortodoxos. ¿Qué es, pues, ese monstruo? El racionalismo es una doctrina enseñada por la razon: ¿será un crimen usar de la razon para descubrir la verdad? Los más ortodoxos entre los ortodoxos no se atreverían á afirmarlo; pretenden únicamente que hay una verdad que está por cima de la razon, verdad que Dios nos ha revelado y que la razon debe aceptar, aunque no la pueda comprender. La razon se subleva contra esta pretension de la fe; de aquí el racionalismo. No es hostil á la religion ni aun al cristianismo; y esto es precisamente lo que le distingue de la filosofía incrédula del siglo XVIII. Pudiera más bien reprocharse á los racionalistas una adhesion demasiado servil á la tradicion cristiana; la aceptan como los ortodoxos, sólo que la racionalizan, racionalizan los dogmas á la manera de Kant, y racionalizan los hechos milagrosos, explicándolos segun las leyes de la naturaleza. Obra imposible, en la que debían fracasar. Mas poco importa. No nos hemos fijado en las inconsecuencias de Semler y de Herder; nos hemos apoyado en los libres pensadores, sin enojarnos demasiado de su prudencia. Harémos lo mismo con los racionalistas; el tiempo se lleva

los descarríos, y ya no tienen más que un interes histórico. Lo que buscamos por el momento son los orígenes del movimiento liberal que adquiere cada día nuevas fuerzas. El racionalismo tiene su mision, y mision gloriosa, en el desarrollo religioso de la humanidad. La razon era en otro tiempo la humilde sierva de la fe; pero hé aquí que la sierva conquista los fueros de soberana, y ya no se postura ante la teología para recibir sus leyes, sino que es ella quien manda y quien reina.

Los mismos racionalistas van á decirnos lo que es el racionalismo. "Consiste en pensar, dice un escritor aleman, que la razon humana debe ser la única fuente y el único juez de toda clase de conocimientos." Hasta aquí no hay dificultad. Los ortodoxos no niegan á la razon el derecho de reinar en las ciencias profanas; se limitan á excluirla de la religion, ó, por lo ménos, no le dejan sino el papel subalterno de auxiliar y de sierva; los racionalistas, por lo contrario, extienden el imperio de la razon hasta sobre las religiones reveladas, y dicho se está que si la razon reina como soberana en el dominio de la religion, no puede haber ya cuestion de revelacion milagrosa, pues que la revelacion no tiene otra causa que la impotencia de la razon. La razon se ha desquitado, proclamando que "las revelaciones no son sobrenaturales sino en apariencia, que en realidad son siempre naturales; que si pueden tener alguna pretension de poseer la verdad, es á condicion de estar limitadas por la razon ó la religion natural," (1). Decir que parece sólo sobrenatural la revelacion es negar su existencia; y esto es lo que hacen los racionalistas decididos, declarando abiertamente que no creen en una revelacion milagrosa, que no admiten más que una religion filosófica ó natural (2). Los racionalistas tienen la pretension de permanecer protestantes; dicen que la verdadera mision del protestantismo es desarrollar el elemento racional de la religion cristiana, y eso es lo que llaman su principio divino. ¿No viene la razon de Dios? ¿No nos ha sido dada para conocer la verdad? Por medio, pues, de la razon ha revelado Dios la verdad á los hombres; y en este sentido, lo que es racional es divino. El cristianismo es, por consecuencia, divi-

(1) HAHN, de *Rationalismi indole* (Leipzig, 1827), en SAINTES, *Histoire critique du rationalisme en Allemagne*, segunda edicion, p. 8, nota.

(2) BRETSCHNEIDER, *Systematische Entwicklung*, p. 193;—*Dogmatik*, t. 1, p. 14, 71, 80.

no en cuanto está en armonía con la razon; cuando se le despoja de sus elementos sobrenaturales ó místicos, no se le destruye, sino que, por lo contrario, se vuelve al cristianismo verdadero (1).

Así, nada ya de sobrenatural en el cristianismo, ni en su fundador, ni en su doctrina: Jesucristo no es ya el Verbo de Dios encarnado en el seno de una virgen, es hombre y nada más que hombre; no ha venido á predicar verdades que excedan del alcance de nuestra razon, ni á abrir vías sobrenaturales para hacer nuestra salvacion; su enseñanza es esencialmente moral. ¿A qué, pues, pretendidas verdades que no dicen nada ni á la inteligencia ni al alma? ¿Cómo pudieran ser un medio de perfeccionamiento creencias ó prácticas á las cuales quedan extrañas la conciencia y la razon? Esto implica contradiccion, y es, por tanto, una imposibilidad. Si los racionalistas quitan lo que hay de sobrenatural en el cristianismo, exaltan, en cambio, el elemento humano. Aquí hay otro escollo contra el cual ha fracasado su pretension. Diríase que, para hacerse perdonar sus temeridades, sobrepujan á los ortodoxos cuando se trata de Jesucristo-Hombre y de su doctrina. A creerlos, Jesus es el hombre ideal, perfecto; su moral es la más santa, la más pura que se haya jamás enseñado; su religion es la religion absoluta. Idénticas exageraciones hallaríamos en los protestantes liberales. Los ortodoxos les dicen, y con razon, que si Jesus era tan perfecto, no podía ser un hombre como nosotros; y que si su doctrina es tan perfecta, no es una obra humana. Nada más verdadero; pero nada prueba en favor de lo sobrenatural; lo único que prueba es la inconsecuencia de los racionalistas. ¿Qué importa? Los hombres pasan con sus debilidades; los principios subsisten y acaban por abrirse paso, á semejanza del sol que lucha en la aurora contra las tinieblas de la noche; las tinieblas se disipan y la luz inunda la tierra.

Son curiosas las recriminaciones y las lamentaciones de los ortodoxos. Cuando se les habla de un cristianismo racional, moral, claman como contra el colmo de la abominacion: racionalizar la religion es matarla; identificar el cristianismo con la moral es desnaturalizarlo (2). ¿Cómo prescindir del pecado original y de la Inmaculada Concepcion! ¡Esto

(1) WEGSCHNEIDER, *Institutiones theologiae christianae dogmaticae*, p. VIII.

(2) PUSEY, *das Aufkommen und das Sinken des Rationalismus in Deutschland*, p. 83.

vale más que la santidad del deber! Si el cristianismo no es más que moral, ¿á qué envió Dios á Jesucristo? ¿No bastaban Sócrates y Epicteto? Y ciertamente que, en este orden de ideas, la encarnacion de un Dios á la manera ortodoxa se hace tan inútil como incomprendible. ¿Quiere esto decir que no haya servido de nada la venida del Cristo? Sócrates y Epicteto eran filósofos; su doctrina no traspasaba los límites de la escuela; no habría convertido al mundo su moral. Para que la moral regenerara las almas era necesario que se hiciera una religion. Hé ahí un hecho importantísimo, que recomendamos á la atencion de los libres pensadores que no quieren ya oír hablar de una religion positiva, ni aun del cristianismo de Jesus. Basta, dicen, la moral, sin sospechar que deben esa moral á la religion, y que el cristianismo que rechazan es la religion de la moral. Esa es ciertamente la mision más grande que puede tener un hombre. ¿Es acaso rebajar al Cristo considerarlo como un maestro de moral? ¿Es rebajar el cristianismo identificarlo con la religion natural? (1). Estas acusaciones se vuelven contra los acusadores. ¿Tan poca cosa es la moralidad? En verdad, la ortodoxia ha perdido el buen sentido en fuerza de fe. Añadamos que los celosos discipulos de Jesucristo que reprochan á los racionalistas el alterar el cristianismo no lo comprenden siquiera. ¿Querrán ser más religiosos que su Maestro? ¿Cómo manifestó el Cristo su espíritu religioso? En la Escritura se lee que pasó su vida haciendo el bien. ¿No es ser cristiano hacer el bien como el Cristo? Confunde el oír á los ortodoxos declamar contra el cristianismo moral. ¿Qué es más fácil, pasar la vida haciendo el bien, ó crear, aunque sea un absurdo, una necedad, aunque sea la Inmaculada Concepcion lo que place á la Iglesia proclamar como dogma?

II.

¿Son á lo ménos verdaderos *supernaturalistas* los ortodoxos que de tal modo se apegan á lo sobrenatural? Un escritor frances que no es racionalista dice que el racionalismo echa cada día más raíces en Alemania, y que, aunque bajo formas diversas, se va haciendo el sistema dominante en materia de religion. Saintes llega á decir que el racio-

(1) PUSEY, *das Aufkommen des Rationalismus*, p. 83, 99.

nalismo es en cierto modo la religion nacional de los Alemanes: sólo la Iglesia, dice, resiste á la invasion de la razon (1); y hubiera podido añadir que el racionalismo penetra hasta en el campo de la ortodoxia. Sabido es que la *Gaceta eclesiástica* de Berlin es el órgano del luteranismo más puro. Pues bien, su redactor, el famoso Heugstenberg, no ha logrado defenderse de los ataques del enemigo: racionaliza la fe á su manera, sin embargo de habersele reprochado el llevar la ortodoxia hasta la locura. Y es que, en verdad, sería preciso ser más que loco para no hacer uso de la razon, y en cuanto se la escucha, se quebranta la fe.

Eso es lo que le ha pasado á Heugstenberg. Ya hemos dicho los esfuerzos que hace para eludir el milagro de la burra de Balaam. En cuanto se escucha á la razon, así sea en presencia de una burra que habla, se abre la puerta á la duda; y en la Sagrada Escritura hay más de una de esas piedras de escándalo. Preguntaban los incrédulos del siglo pasado con qué derecho robaron á sus huéspedes los Hebreos, al salir del Egipto, los vasos de oro y de plata que les habían prestado. Dios se lo ordenó, respondían los ortodoxos. Pero ¿puede Dios mandar el robo? No, dice Heugstenberg, porque es todo justicia; hay, pues, que creer que los Egipcios regalaron sus vasos á los Hebreos (2). ¿Y por qué ese regalo? ¿Dónde se dice semejante cosa? No es ciertamente en la Escritura, que dice todo lo contrario; mas la razon, la conciencia se sublevan contra la idea de un crimen ordenado por Dios. Nuestro siglo es el siglo de la razon; y por más supernaturalista que un hombre sea, no se puede sustraer á la poderosa influencia del espíritu del tiempo. Las hipótesis ridículas á que se ve obligada á recurrir la ortodoxia para conciliar con la razon lo sobrenatural de la Escritura son como el golpe de gracia dado á lo sobrenatural. Jefté inmola su hija á Jehová. ¿Serían acaso los sacrificios humanos la señal de una religion revelada? ¡Librenos Dios entónces de la revelacion! Así lo ha pensado el mismo Heugstenberg, poniéndose luégo á explicar el sacrificio de manera que ya no había tal sacrificio: la hija de Jefté se consagró á Jehová, dice, como lo hacen diariamente las re-

ligiosas (1). Heugstenberg, que sabe tantas cosas de que no hay ni señal en la Escritura, ¿podría decirnos si la hija de Jefté entró en la orden del Sagrado Corazon ó en un convento de Santa Clara?

Y nótese bien: no se trata sólo de bagatelas, de una burra ó de una religiosa; la misma profecía, ese fundamento de la revelacion milagrosa, está sometida á los procedimientos del racionalismo. Heugstenberg supone que los profetas se hallaban en un estado extático, y no se tardará en considerarlos como sonámbulos, convirtiéndose la profecía en una rama del magnetismo, lo cual permitirá tener profetas en pleno siglo XIX. El éxtasis, se dice, produce una singular alteracion en las funciones de los sentidos; y se comprende, por consecuencia, que los profetas confundan los tiempos, que tomen un porvenir lejano por lo presente, que pinten los sucesos futuros con los colores y los rasgos de los hechos actuales. En una palabra, las profecías no son ya lo que se creía, una prediccion precisa de un hecho que debe cumplirse en un siglo futuro. ¿Qué son, pues? Heugstenberg sabía algunas fórmulas de la filosofia de Hegel; y hé aquí que cubre á los profetas con el manto filosófico y los hace representantes de la *Idea* (2). ¿Se quiere saber adónde conducen estas agudezas? Se da desde luégo á las profecías una apariencia racional, esperando hacerlas aceptables en un siglo racionalista; y despues de aceptadas, se les hace decir todo lo que se quiere, pudiendo cada cual interpretar la *Idea* á su manera. Los mismos jesuitas envidiarán la teoria tan cómoda; pero ¿qué dirá de ella la fe, y sobre todo la buena fe? (3).

Las ridículas explicaciones que algunos racionalistas dan de los milagros han desprestigiado el racionalismo. Y la verdad es que nada hay tan chistoso como las interpretaciones naturales imaginadas por el doctor Paulus para racionalizar todo lo que hay de sobrenatural en el cristianismo, desde la concepcion de Jesucristo hasta su resurreccion y su ascension. El sabio profesor de Heidelberg era hombre capaz de explicar racionalmente la Inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Pero ¿qué prueba esto contra el racionalismo?

(1) HEUGSTENBERG, *Beitraege zur Einleitung in's alte Testament*, t. III, p. 143.

(2) HEUGSTENBERG, *Christologie*, t. I, p. 299 y siguientes.

(3) BAUR, *Kirchengeschichte des neunzehnten Jahrhunderts*, página 422 y sig.—SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 91, 92.

(1) SAINTES, *Histoire du rationalisme*, p. 3-5.

(2) HEUGSTENBERG, *Beitraege zur Einleitung in's alte Testament*, t. III, p. 127.

¿Son acaso más sensatos los supernaturalistas? Vamos á oír á uno de los más autorizados ortodoxos, á uno de los que rompieron una lanza con Strass, ese rey de los incrédulos; pero ¡ay! que al hacerse astillas la lanza fué herido el campeón de lo sobrenatural, y la herida alcanzó al propio supernaturalismo, y ha muerto de la herida, que fué casi un suicidio. Oigamos al doctor Steudel, sabio profesor de la universidad de Tubinga; jamas se habrán visto nuestros lectores en tan buena compañía.

A Jove principium! es decir, comencemos por Jehová. En tiempo de Adan, nuestro padre comun, se paseaba nuestro buen Dios en el jardin que había plantado, para hacer su digestion tomando el fresco, y conversaba con nuestros primeros padres, como pudiéramos hacerlo nosotros con nuestros hijos. Sabido es lo que le pasó á Eva, y luégo á Adan. Dios les habló despues; pero ya esta vez fué con un tono irritado y para anunciarles su maldicion. ¿Quién había seducido á la inocente Eva? Una serpiente, que tenía la lengua sutil y el espíritu más sutil todavía. Ocioso es insistir en la escena de la caída que todo el mundo conoce. La serpiente que seduce á Eva con sus pérfidas lisonjas y Dios que habla, hé ahí lo sobrenatural de buena ley que hizo las delicias de Voltaire. Nuestros ortodoxos piensan que todo eso es historia verdadera, tan verdadera como la que leemos diariamente en las gacetas. Sin embargo, la serpiente que habla, y Dios que se pasea y que conversa echando su siesta, son cosas un poco difíciles de digerir. El doctor Steudel dice que los discursos de la serpiente y del buen Dios no son más que una figura de lenguaje; la serpiente y Jehová hablaron, pero sin articular palabras, como nosotros estamos obligados á hacerlo; hablaron, pues, sin hablar (1). Esto es tan sutil como el lenguaje de la serpiente, y más ingenioso todavía. Queda una pequeña dificultad, el texto de la Sagrada Escritura. ¡Bagatela! No se es en vano supernaturalista. El supernaturalismo es como un dón de segunda vision, con la diferencia de que, mientras los profetas ven lo que no existe todavía, los supernaturalistas no ven lo que existe; no ven en la Biblia sino lo que su razon puede comprender: son casi como los racionalistas (2).

(1) STEUDEL, *Glaubenslehre*, p. 193.

(2) STRAUSS, *Streitschriften zur Vertheidigung meiner Schrift*

La burra de Balaam merece la predileccion de los supernaturalistas. Nuestro doctor le ha consagrado una disertacion especial (1). Confiesa que este milagro es cosa que asombra; ¿qué digo? que escandaliza. ¡Un animal que habla! ¿No se da el nombre de *fábula* á los cuentos divertidos en que se hace hablar á los animales? Y si se refiere una fábula en la Biblia, ¿deja de ser fábula por estar contada en hebreo? ¡Una burra que habla, y que habla precisamente la lengua de Balaam! Hablar es lo de ménos; pero la burra pensaba tambien: hubiera podido ser doctora en teologia. En rigor, Dios todo lo puede, dicen los supernaturalistas; podría, pues, hacer hablar á todos los asnos, ó á uno de su predileccion, y hasta, en caso necesario, pudiera hacerlo profesor en una universidad ortodoxa. La dificultad no está ahí; la cuestion es saber si Dios quiere todo lo que puede. Para querer necesita Dios razones; y hé ahí cómo reaparece esa maldita razon. Vamos á oír la razon hablando por la boca de un supernaturalista. No ve Steudel gran dificultad en creer que rebuznando la burra dió una especie de suspiro que despertó toda clase de pensamientos en el alma de Balaam; era un *monólogo*; pero dada la vivacidad de la imaginacion oriental, el escritor sagrado ha expresado en forma de diálogo lo que pasaba en el alma del profeta. Así la burra que habla y que piensa quiere decir la burra que rebuzna; rebuznar es una cosa que no puede ser más natural; no hay incrédulo tan obstinado que niegue que una burra rebuzne; lo demas viene de suyo. Está bien, doctor; pero hay más de uno de esos *diálogos* en la Biblia y en los Evangelios; y aunque no intervenga asno, nos será permitido ver tambien en ellos un *monólogo* ó una expresion un poco viva de la poesia oriental. ¿Qué importa que sea un asno ó un ángel? Si aquél es una figura retórica, ¿por qué no éste? Subsiste siempre la dificultad del texto, que dice bien claramente que habló la burra por obra de milagro, por una inspiracion de Dios; y si es permitido pasar por encima del texto cuando se trata de un asno, ¿por qué no en todas las apariciones y en todas las visiones? (2).

Hay un milagro más célebre que el de la burra

über das Leben Jesu, und zur Charakteristik der gegenwärtigen Theologie. Erstes Heft, p. 100, 102.

(1) TÜBINGER Zeitschrift, 1831, 2, p. 66-69.

(2) STRAUSS, *Streitschriften, erstes Heft*, p. 103-105.

que rebuzna ó que habla, el de Josué, que detuvo el curso del sol. Detener la marcha de un astro alrededor de la tierra cuando el astro no marcha, hé ahí todo lo que se puede llamar un prodigio. Quiso Galileo librar á la teología de este tropiezo, diciendo que la Biblia no era un curso de astronomía; pero la teología se irritó; el sagrado tribunal de la santa Inquisición obligó al astrónomo á retractarse de una verdad matemática y á confesar un error palpable. ¡Viva la ortodoxia católica! Es consecuente hasta el absurdo; y si preciso es, hasta la hoguera. Si los protestantes tuvieran todavía un Santo Oficio, librarian de muchos estorbos al supernaturalismo. En primer lugar, se excusa á Josué, diciendo que se expresó mal, que se sirvió del lenguaje vulgar, el cual supone que gira el sol alrededor de la tierra; pero que se detuviera el sol ó se parára la tierra no haría ménos difícil de digerir el milagro. Que Dios pudiera hacerlo, no ofrece duda á un supernaturalista; mas hé aquí esa importante razon que pregunta de nuevo: ¿invirtió Dios las leyes de la naturaleza para permitir á Josué exterminar á los Ammonitas? Nuestro pobre doctor se revuelve en medio de estas objeciones como el diablo en el agua bendita (1), y acaba por hallar una salida; ¡pero qué salida! Había caído una lluvia de granizo ó de piedras sobre el ejército enemigo; y la continuacion de esa lluvia destructora, dice el doctor Steudel, es lo que pidió á Dios Josué. Así achica el milagro; pero ¿quién autoriza al supernaturalista á hacer una edicion reducida en vez de la edicion grande é ilustrada del milagro? ¿Quién le permite violentar la Biblia para hacerle decir otra cosa que lo que dice? ¿No fué dictada la Escritura por el Espíritu Santo? ¡Y se atreve un supernaturalista á corregir ese dictado! ¿Y para qué? ¡Para trasformar á Dios en verdugo! ¡La lluvia de piedras había cesado, y se necesitaba que comenzára de nuevo para saciar la salvaje crueldad de un pueblo bárbaro! ¿Es así como procuran los supernaturalistas reconciliar á la humanidad moderna con la revelacion? (2).

Con el mismo respeto tratan los Evangelios los supernaturalistas. No hay punto ni coma que, según dicen, no sean inspirados; pero en cuanto hallan un punto que les molesta, lo borran. ¿Cómo

(1) STEUDEL, en *Tübinger Zeitschrift*, 1833, t. 1, p. 126-152.

(2) STRAUSS, *Streitschriften, erstes Heft*, p. 115 y siguientes.

creer que osára el diablo tentar á Jesucristo? Los evangelistas lo dicen en términos que no pueden ser más claros; pero no lo creais: no ha habido lucha entre Satanás y el Hijo de Dios; fué un combate interior, ó más bien, la apariencia de un combate, porque ¿cómo habría podido entrar el pensamiento del mal en la santa alma del Cristo? (1). Si un incrédulo preguntára á nuestro doctor supernaturalista: "¿No fué más que eso? Entónces, ¿por qué el evangelista, es decir, el Espíritu Santo, hace tanto ruido con la tentacion? ¿Por qué interviene Satanás en persona?," ¡En verdad tienen razon los Alemanes para llamar al diablo un pobre diablo! Añadamos que vale la pena de ser supernaturalista y de no osar ya creer en el diablo ni en nada de lo que repugna á la conciencia general. En materia de ortodoxia hay que resignarse á decir creo porque es absurdo, ó no hay que meterse á ser ortodoxo.

El diablo juega un gran papel en los Evangelios; Jesucristo pasó su vida persiguiendo los demonios. Sucedió un día que una legión de demonios sacados de un demoniaco entraron en una manada de puercos, los cuales se arrojaron al agua; no se dice si los demonios se burlaron de los puercos ó si, por lo contrario, los puercos se chancearon con los demonios. Este milagro ha divertido mucho en todas épocas á los incrédulos. ¿Cómo hacer desaparecer esta piedra de escándalo? Nuestro docto supernaturalista ha oído decir á los médicos, sus colegas en la universidad, que los demoniacos eran simplemente enfermos. No fiaos de los médicos; los más espiritualistas son ateos, ó, por lo ménos, no creen en los poseidos, que es el comienzo del ateísmo, y vos, doctor, estais ya en ese camino. Decís que Jesucristo transigió con el error comun; pero ¿no sois más bien vos quien transige con el espíritu moderno? Lo haceis, sin embargo, de tan mala voluntad, que nada ganais con ello. ¿Es creible que los demoniacos se arrojarán en un acceso de cólera sobre la manada de puercos? Olvidais, sutil doctor, que Jesucristo había expulsado los demonios, lo cual, según vos mismo, quiere decir que había curado á los demoniacos: si estaban curados, no podían ya lanzarse sobre una manada de puercos; y si no lo estaban, ¿qué es el Cristo? Una especie de charlatan

(1) STEUDEL, *Glaubenslehre*, p. 239, 319.

que promete curaciones que no puede operar. Ved adónde conduce la razon. Más vale cerrar los ojos y los oídos y decir: ¡Creo, creo hasta en los demonios que entran en los puercos y en los puercos que se suicidan!

Teniendo que dirigirnos á un supernaturalista, habríamos debido limitarnos á recordarle el texto de la Sagrada Escritura; mas, como los supernaturalistas olvidan á menudo su papel y hablan como si fueran racionalistas, es forzoso seguirlos en un terreno que no es el suyo, por donde marchan con mal seguro paso. Y si sus acomodamientos no tocáran más que á los milagros, ó, por mejor decir, á un milagro que otro, todavía se pudiera sostener que salvan la esencia del cristianismo manteniendo la fe en lo sobrenatural; pero tratan los dogmas como los milagros: procuran eliminar de la Escritura los que la conciencia moderna rechaza, á costa de violentar los textos. ¿Hay creencia más fundamental en el cristianismo práctico que la de las penas y recompensas eternas? Mas, como existe en los hombres una repugnancia invencible contra el infierno, y se niegan á creer que la justicia de Dios sea más implacable que la justicia humana, ó, por mejor decir, que sea inicua, bárbara, cruel en fuerza de ser severa, ¿qué hace nuestro doctor ortodoxo? Se apodera de este sentimiento de justicia y lo introduce por fuerza en la Escritura. Desgraciadamente es en un solo y mismo texto donde se habla de la *vida eterna* y de los *eternos suplicios*; pero esto no impide al supernaturalista afirmar que los suplicios eternos tendrán un fin, mientras no lo tendrá la vida eterna (1). La palabra *eterno* significa, pues, *lo que dura siempre*, y también significa *lo que no dura siempre*, y esto en una sola y misma frase. Y ¿por qué razon? Porque así conviene al intérprete. ¿Obrarian de otro modo los más decididos racionalistas? En realidad, el supernaturalismo no es más que un grado inferior del racionalismo; es la razon ménos desarrollada, ménos atrevida que acepta lo sobrenatural, á reserva de escaparse por una puerta falsa, cuando el milagro es demasiado absurdo. Pero la razon se hace cada día más exigente y más invasora, y en el límite extremo, el supernaturalista se confundirá con el racionalista (2).

(1) STEUDEL, *Glaubenslehre*, p. 464 y siguientes.

(2) STRAUSS, *Streitschriften, erstes Heft*, p. 180, 181.

Precisamente, para evitar este escollo, dirán los nuevos ortodoxos: volvemos á las confesiones del siglo XVI; no admitimos ya la ortodoxia á medias; todo ó nada. ¿Habla la Escritura del diablo? pues cremos en el diablo y en el rechinamiento de sus dientes; ¿los Evangelios dicen que había poseidos? pues cremos en la posesion ó en los demonios que entraron en una manada de puercos y en el suicidio de estos puercos (1). Hé aquí, en apariencia, creyentes de la fuerza de Tertuliano. Pero, ¡cosa singular! estos teólogos que lo creen todo, no creen ya en el Dios de los cristianos, en Jesucristo; les pasa como á los sabios que no ven el bosque en fuerza de ver los árboles. Nuestros luteranos ortodoxos no perdonan ningun milagro; afirmarán, en caso necesario, que han visto al diablo y han conversado con él; mas cuando se trata de determinar la naturaleza de Jesucristo, cuando hay que proclamar clara y resueltamente que es Dios, coeterno con el Padre, entónces los más ortodoxos vacilan; cada cual tiene su cristología tan nebulosa como lo permiten las nebulosidades de la lengua alemana. No nos comprometemos á decir ni á adivinar lo que creen; pero lo cierto es que no creen en la divinidad del Cristo en los términos del concilio de Nicea (2), y desde este momento no son ya ortodoxos, son herejes, y, por tanto, más ó ménos racionalistas. Tan verdad es que el racionalismo es la religion de la humanidad moderna. Los más recalcitrantes, aquellos mismos que de intento cierran los ojos para no ver la luz, son heridos por los rayos del astro bienhechor, que acabarán por iluminarlos.

§ VII.—Strauss y la doctrina mística.

Dicese que el racionalismo pasó ya; y ciertamente hay un racionalismo que está muerto y enterrado, el racionalismo que quería racionalizar el cristianismo tradicional, violentando á la par los textos y el buen sentido. Pero ¿es el racionalismo el único culpable? Acabamos de cir á los supernaturalistas, que caen en mayores absurdos é inconsecuencias que los racionalistas. Vienen en seguida los teólogos, que quisieran conciliar la filosofía con el cristianismo histórico, y cuya tendencia es en el fondo la misma. Agréguese á esto que el movimien-

(1) Véase arriba, lib. I, c. II, § 4, núm. 1.

(2) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 237.